



1. 2011-2013: dos años para recordar

Carlos Escudé**

Es posible que el futuro traiga consigo aún más cambios y convulsiones que los de los últimos veinticuatro meses, pero los años 2011-2013 quedarán registrados en la historia como el punto de inflexión en que comprendimos en forma definitiva que ningún país del mundo representa un modelo de comportamiento cívico, y que ningún poderoso tiene autoridad moral para darnos lecciones a los argentinos. Por lo menos en Estados Unidos y Europa, quedó claro que nada era lo que parecía ser, y que nosotros, ingenuos y asombrados sudacas, pronto estaremos habitando un planeta política y económicamente irreconocible.

Comencemos por Estados Unidos, que parecía la superpotencia sin par, campeona de un capitalismo progresista, presunta salvadora del mundo libre, y modelo de democracia y de los derechos humanos. En el transcurso de 2011 se coronaron nuestras decepciones, que ya venían sufriendo severos golpes desde 2003, cuando Washington desató una sangrienta guerra contra Irak, invocando la existencia, en ese país, de imaginarios arsenales de armas de destrucción masiva.

Por cierto, en 2011 nos enteramos oficialmente que el Presidente Obama, que comenzó su gestión galardonado con el Premio Nobel de la Paz, lanza órdenes eje-

* Esta conferencia estuvo conformada por el encadenamiento de algunas columnas de opinión del autor publicadas en la revista *El Guardián*. Posteriormente, estas páginas se convirtieron en el capítulo introductorio de Carlos Escudé y Macarena Sabio Mioni, *Radiografía universal de la infamia: viñetas sobre el estado del mundo en nuestro tiempo*, Buenos Aires: Lumière, 2013, un libro publicado como producto de un convenio de asesoramiento científico entre el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) y la Universidad San Pablo de Tucumán (USP-T).

** Doctor en Ciencias Políticas (Yale University), Investigador Principal del CONICET, Director del Centro de Estudios de Religión, Estado y Sociedad (CERES- Seminario Rabínico Latinoamericano Marshall T. Meyer). Docente del Doctorado en Relaciones Internacionales (IRI – UNLP); se ha desempeñado como docente las Universidades de Belgrano, Torcuato Di Tella, UCEMA, y en el Instituto del Servicio Exterior de la Nación.

cutivas para asesinar ciudadanos norteamericanos en países extranjeros. Así, se demostró que, en este ámbito, sus prácticas son similares a las de Videla y Pinochet, cuya multilateral Operación Cóndor permitió al dictador argentino asesinar compatriotas suyos en Brasil, y al dictador chileno asesinar a sus propios conciudadanos en la Argentina.

Washington, que tanto se rasgó las vestiduras frente a las violaciones de derechos humanos en nuestro Cono Sur, y que en el pasado tanto intervino en nuestra política interna levantando el dedo admonitorio de su superioridad moral, venía demostrando el mayor cinismo por lo menos desde que, durante el gobierno de George W. Bush, legalizó la tortura *offshore* con una serie de sofismas semánticos. Los norteamericanos no pueden torturar legalmente a prisioneros sospechosos de terrorismo en su propio territorio, pero pueden hacerlo en la isla de Cuba, donde usurpan, desde 1903, una base naval cuya macabra prisión ya es legendaria. Obama no quiso o no pudo cumplir con su promesa electoral de terminar con esta situación, y ya no lo va a hacer.

Pero la decepción por el desempeño norteamericano no se limitó al ámbito de los derechos humanos. Desde 2008 se venían quebrando nuestras ilusiones acerca del papel rector de Estados Unidos como modelo de capitalismo. Hace años que los norteamericanos (que tanto han criticado a los países deudores) consumen muchísimo más de lo que producen. Su déficit comercial anual supera actualmente el medio millón de millones de dólares, y más de la mitad de esa cifra corresponde a su déficit bilateral con China, la superpotencia en ascenso. No menos sorprendente es la deuda soberana norteamericana en poder de Beijing, que supera holgadamente el millón de millones de dólares. Más aún, los excesos de desregulación financiera, auspiciados por la codicia de Wall Street y otras sedes bursátiles, han causado un daño colosal a la economía mundial, contribuyendo en buena medida a la decadencia material norteamericana.

Como consecuencia, en el interior profundo de Estados Unidos se ha engendrado un cuarto mundo que hace empalidecer, por su miseria, a las coloridas favelas de Río de Janeiro. El “sueño americano” demostró ser una quimera, y no sorprende entonces que cinco ciudades de ese país se encuentren entre las cincuenta más violentas del mundo. Son Nueva Orleans, Saint Louis, Baltimore, Detroit y Oakland. A pesar de la exagerada sensación de inseguridad que prevalece en nuestro país, ninguna urbe argentina figura en este infernal listado de las ciudades de más de 300.000 habitantes que encabezan el *ranking* mundial de homicidios intencionales.

Pero la degradación moral que describo no se limita a Estados Unidos. Se extiende asimismo sobre Europa, y 2011 demostró ser, también para esa región, el año en que las falsedades e hipocresías quedaron desenmascaradas.

Por cierto, con la complicidad de la OTAN y el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, Francia e Inglaterra condujeron ese año una infame campaña para defender intereses petroleros en Libia, escudándose en la causa de los derechos humanos. Para preservar sus inversiones, derrocaron al notorio dictador Muamar Gadafi, justificándose en la masacre de rebeldes que éste estaba perpetrando. A los europeos no les importó que, al proceder de este modo, facilitaran el acceso al poder de milicias tribales que no son mejores que el dictador derrocado. La interesada intervención europea engendró anarquía, y en el segmentado orden actual, los triunfantes rebeldes libios ya han linchado, apaleado y torturado a numerosos sospechosos de apoyar al dictador depuesto, además de encarcelar a varios miles de nuevos “enemigos del Estado”.

Este cinismo, desplegado por los defensores europeos de los derechos humanos, se torna evidente cuando recordamos que, en el pasado, Gadafi había estado involucrado en gravísimos actos de terrorismo internacional. Los mismos países occidentales que ahora lo derrocaron lo habían “perdonado”, a cambio de una promesa de “buen comportamiento” y multimillonarias compensaciones para algunos familiares de sus víctimas.

Tal fue el recordado caso del vuelo Pan Am 103, derribado en 1988 sobre Lockerbie, Escocia, con 270 personas a bordo. Así como el perdono de 2008, oficializado por el Presidente Bush a través de la Orden Ejecutiva 13.477, permitió consolidar brillantes contratos petroleros con Gadafi, en 2011 fue necesario derrocar al dictador para mantener vigentes esos mismos negocios. Y la justificación a la que ahora se apeló fueron los bastardeados derechos humanos.

Finalmente, si algo faltaba para terminar de embadurnar el lienzo de la moral cívica occidental, el lamentable espectáculo de la crisis del euro desnudó una de las peores caras de la política mundial. Como veremos en otras viñetas, hoy está claro que la Eurozona no es sino un mercado cautivo de Alemania, cuyos países miembros están obligados a permitir la entrada de productos de ese país a sus mercados nacionales, a la vez que no pueden vender los propios, porque la moneda común está sobrevaluada para productos como los vinos italianos o las aceitunas griegas. El Banco Central Europeo trabaja para los intereses alemanes. Como consecuencia, los países periféricos de Europa se han convertido en prisioneros del nuevo imperio financiero de Berlín. Están atados a una trampa similar a la de la convertibilidad argentina de tiempos de Menem y De la Rúa, pero sin la posibilidad de retirarse.

Como si con esto no bastara, ajustando más y más sus clavijas expoliadoras, Francia y Alemania le imponen a Grecia inhumanos ahorros en sus gastos sociales, pero a la vez continúan vendiéndole armamentos al son de 2500 millones de euros para fragatas francesas, 400 millones para helicópteros de ese origen, y 1200 millones para submarinos alemanes. Por cierto, para cerrar el paquete de ayuda de 2011, Grecia se vio forzada a ratificar la compra de estas armas, que necesita para defenderse de Turquía, con quien mantiene viejas disputas territoriales.

Y exhibiendo el cariz más perverso de la condición humana, Francia y Alemania no proponen garantizar la integridad territorial de Grecia frente a Turquía, para que Atenas pueda ahorrarse ese gasto militar. Por el contrario, prefieren explotar la carrera armamentista, ganando tanto en la venta de los costosos equipos como en su financiación. Y como suyo es el poder, consiguen convencer a muchos de que el problema radica en que los parasitarios países de la “Europa Med” están poblados por holgazanes que disfrutan del sol mientras los alemanes trabajan.

Por cierto, los últimos dos años nos han brindado una sola lección edificante: que nosotros, los argentinos, somos mejores de lo que pensábamos. Es lo que se desprende de este caleidoscopio de iniquidades ajenas.

Obama y su “Operación Cóndor”

Profundizaremos primero en el caso norteamericano, ya que la superpotencia estadounidense es un corsé que cierne al mundo entero. Los errores morales se pagan. Estados Unidos ahora padece una pérdida de credibilidad sin precedentes. Y la cosa es aún más grave si consideramos lo ocurrido el 30 de septiembre de 2011, cuando

la CIA asesinó a dos ciudadanos estadounidenses en Yemen, usando un misil disparado por un avión robótico operado por satélite desde un remoto centro de cómputos. Uno de ellos, Anwar al-Awlaki, había sido incluido por la CIA desde principios de 2010 en una lista pública de terroristas de al-Qaeda que debían ser asesinados. La otra víctima, acompañante de al-Awlaki en la ocasión, fue un “daño colateral”.

Para que se comprendan las tremendas implicancias de lo acontecido, debemos reformular lo dicho: sin debido proceso judicial, y basándose en informes secretos de inteligencia, el gobierno de los Estados Unidos decidió quitarle la vida a un ciudadano de su propio país, violando flagrantemente la Primera Enmienda de su Constitución. Así como amparados en la infame “Operación Cóndor” de las dictaduras del Cono Sur, Pinochet mandaba asesinar chilenos en Buenos Aires, y Videla mandaba asesinar argentinos en Uruguay y Brasil, Obama manda asesinar norteamericanos en Yemen, sin juicio previo y apoyándose en presuntas pruebas secretas.

Anwar al-Awlaki estaba en la lista de blancos escogidos para el asesinato porque los servicios de inteligencia llegaron a la conclusión de que había tenido un papel central en un frustrado intento por hacer estallar un avión sobre Detroit, programado para la Navidad de 2009. El padre de la víctima, Nasser al-Awlaki, inició entonces una querrela para sacar a su hijo de esa lista de reos de muerte sin juicio previo, pero el gobierno de Obama invocó el privilegio del secreto de Estado para desbaratar el proceso judicial. El juez John Bates, de la justicia federal de Washington, dictaminó que lo que estaba en juego era una “cuestión política” encuadrada enteramente en la esfera del Poder Ejecutivo.

De nada sirvieron las quejas de importantes organizaciones como la American Civil Liberties Union y el Center for Constitutional Rights, que arguyeron a favor de la querrela del padre de la víctima. Señalaron que, de insistir el gobierno en su decisión de asesinar a un ciudadano sin juicio previo, los criterios legales aplicados deberían ser explicitados en forma pública, ya que, a primera vista, se estaba violando la Constitución y la ley internacional. La respuesta del gobierno y de la Justicia fue que no sólo las pruebas sino también los criterios legales invocados eran secretos. Consumado el asesinato, Obama felicitó públicamente a los perpetradores de la fechoría.

Comentando sobre estos hechos el 3 de octubre, la prestigiosa revista *The Atlantic Journal* preguntaba indignada: “¿Qué justificación pueden tener el presidente Obama y sus abogados para mantener secreto el razonamiento legal que supuestamente los habilitó para este operativo? No se trata de un secreto militar. No es un caso en que se protege a un agente de la CIA que opera en forma encubierta. Tampoco es un caso en que se oculta al público una vulnerabilidad del país frente al terrorismo. (...) Estamos frente a un presidente que explota el secreto oficial para justificar la legalidad de sus decisiones sin tener que someter su razonamiento al escrutinio del público”.

Y en su editorial del 2 de octubre, el *Los Angeles Times* preguntaba: “¿Cómo puede ser que se necesite una orden del juez para espiar las conversaciones telefónicas de un ciudadano, pero no para matarlo?” Agregaba: “Si Awlaki fue de verdad un arquitecto de ataques terroristas dentro de los Estados Unidos, como dicen los funcionarios, entonces quizá debamos celebrar su desaparición. Pero en el fondo no lo sabemos, ¿no es verdad?”

Para colmo, esto se dio junto al incumplimiento, por parte de Obama, de su promesa electoral de cerrar la cárcel de Guantánamo. Pero no sólo se mantiene vigente la

perversa legalidad de la tortura *offshore*. Desde su elección, Obama fue más manga ancha que su predecesor, George W. Bush, en sus políticas respecto de la CIA. Por primera vez dio a los espías un papel protagónico en las mismísimas operaciones de combate, a través del uso de aviones robóticos como el que mató a al-Awlaki.

Por cierto, cuando asumió, Obama eligió como jefe de la CIA a Leon Panetta, que en 2011 fue ascendido a secretario de Defensa. Panetta fue el adalid de la guerra con aviones robóticos, que Bush había limitado mucho debido a las numerosas muertes colaterales que ocasionan. En cambio, Obama les dio luz verde. Un dato duro que documenta el cambio es que, según el *New York Times* del 13 de abril de 2011, en 2010 se efectuaron en Paquistán 117 ataques con aviones robóticos, más que la suma de todos los años previos. Y según un informe de 2009 de la Brookings Institution, los ataques en ese país han matado a diez civiles por cada uno de los militantes ultimados.

Simultáneamente, la CIA reconoce que en años recientes se ha multiplicado el personal de su Centro de Operaciones de Contraterrorismo, que es el departamento especializado en las operaciones de estos letales robots aéreos. Más aún, según el *Washington Post* del 20 de septiembre de 2011, ya existe en el Cuerno de África y la Península Arábiga toda una constelación de bases secretas para aviones robóticos. Están ubicadas en los Estados africanos de Etiopía y Yibuti, y en las indias Islas Seychelles, a la vez que se ha construido otra pista secreta en algún lugar de Arabia. Y según el renombrado *Scientific American* del 3 de octubre, ya se han desplegado más de 7000 de estos aparatos asesinos en el mundo. En las palabras de Hina Shamsi, director del Proyecto de Seguridad Nacional de la American Civil Liberties Union:

“Estamos siendo testigos de la transformación de la CIA en una organización paramilitar, sin los controles ni la obligación de dar cuenta de sus acciones a que tradicionalmente están sujetos los militares”.

Estados Unidos sigue siendo una democracia. Pero está más cerca de ser un Estado policial que antes del advenimiento de Obama, y esa es una paradoja lamentable. Si alguno de los presentes preguntara si acaso esa gran potencia no sigue siendo mejor, en el plano de la moral cívica, que autocracias como China y Rusia, quizá le daríamos la razón. Pero ese juicio omite el hecho de que Rusia y China nunca nos prometieron otra cosa.

Por cierto, descubrir la arbitrariedad asesina de la razón de Estado en una autocracia no sorprende. Pero comprobar que ésta se ejerce en el país que se nos presenta como el modelo de las democracias causa escándalo. ¿Con qué autoridad moral podrán los norteamericanos juzgar y sancionar, de aquí en más, a las dictaduras más feroces?

Ya no hay códigos. La degradación cívica de los Estados Unidos ha sumergido al mundo en un infierno moral en que el Derecho Humanitario es vilmente manipulado.

El doble estándar de los derechos humanos

Veamos ahora esta misma temática, que en grandes pinceladas podría describirse como la del cinismo y amoralidad de los poderosos, desde una perspectiva diferente pero complementaria.

A principios de 2012, un famoso ex neoconservador arrepentido, Robert D. Kaplan, publicó una interesante nota en la que señaló la paradoja de que, mientras la élite de la política exterior norteamericana en Washington finge estremecerse ante las ocho o nueve mil muertes producidas hasta esa fecha en la guerra civil siria, los 47.000 que han perdido la vida en México desde 2006 parecen conmoverla menos.

Kaplan señala, no sin razón, que México, que pronto será la séptima economía del mundo, afectará el destino norteamericano en las próximas décadas más que ningún Estado o combinación de Estados del Medio Oriente. Además, siendo un país territorialmente contiguo a Estados Unidos, lo que acontece en México constituye un peligro mayor para la seguridad inmediata de los norteamericanos.

Por cierto, gracias al Tratado de Libre Comercio, tanto como el 85% de las exportaciones mexicanas tienen por destino a Estados Unidos. Es como si las dos economías ya estuviesen fusionadas en una sola. ¿Cómo puede ser, entonces, que los norteamericanos se preocupen tan poco por la violencia mexicana, a la vez que estén tan conmovidos por la de Siria?

Seguramente la solución del enigma radica en las enormes diferencias cualitativas que existen entre la violencia siria y la mexicana. En el caso mexicano se trata de una violencia engendrada en forma directa por la estrategia adoptada por Washington en su lucha contra la droga. En vez de reprimir principalmente la demanda de narcóticos, que proviene de su propio mercado, Washington exige la represión de la oferta, que proviene en su mayor parte del exterior. Así, lidia con el problema exportando violencia, lo que contribuye a impedir su aumento en el territorio propio.

Visto así, mal podría el gobierno norteamericano rasgarse las vestiduras frente a una violencia mexicana de la que la sociedad norteamericana es en gran medida responsable. Después de todo, si los estadounidenses no consumieran narcóticos, esta violencia quedaría reducida a una mínima expresión. Y lo mismo ocurriría si se legalizara el consumo de algunas drogas en su país.

Pero como Washington no está dispuesta a tomar esa medida contracultural, insiste en que se reprima a los mexicanos que se acoplan a la demanda norteamericana, con más ahínco que el que ellos mismos aplican frente a los norteamericanos que se acoplan a la oferta mexicana. ¡No sea cosa que sus propias ciudades se asemejen a Ciudad Juárez, que ostenta el récord mundial de asesinatos por 100.000 habitantes!

En verdad, los norteamericanos no sólo son parcialmente responsables de la violencia mexicana, sino que su gobierno no desea que esa violencia cese hasta obtener una victoria en la “guerra contra la droga”. Desde el interés de Washington, mientras subsista el problema del narcotráfico azteca, la violencia mexicana será un mal necesario. Son las mismas exigencias políticas del gobierno norteamericano frente al mexicano las que engendran este “daño colateral”, que en las series de Hollywood siempre es lamentado por los justificadores de bajas inocentes.

El caso sirio es justo el puesto, porque la caída del régimen de Damasco podría significar el fin de la influencia iraní en el Medio Oriente. En Siria, quien ejerce la represión profesa fines opuestos a los de Washington. A diferencia de la violencia represiva mexicana, que desde el punto de vista estadounidense no debe ser condenada porque es funcional a sus objetivos, la violencia represiva del régimen de Damasco representa un obstáculo para las necesidades geopolíticas norteamericanas. Por lo tanto, en el caso sirio las circunstancias ameritan prostituir una vez más la espada de los derechos humanos.

Por cierto, Siria es el único aliado de Irán en la región. Previo paso por Irak (cuyos chiitas cooperan con Teherán), la ayuda iraní al Hezbolá (en el Líbano) y al Hamas (en la Franja de Gaza) llega a destino gracias a la cooperación de Damasco, cuyo territorio es un eslabón esencial para los objetivos geopolíticos de la cúpula iraní.

Por eso, la caída del régimen de Bashar Al Assad sería bienvenida por Washington. El caso es análogo al del régimen libio de Gadafi, ya mencionado, cuya masacre de rebeldes fueron la justificación, en 2011, para una intervención “humanitaria” de la OTAN, cuya verdadera motivación fue la protección, en Libia, de los intereses petroleros de Francia, Gran Bretaña e Italia. Aunque frente a Siria no se ha montado una intervención directa, está claro que Washington posterga toda preocupación acerca de si el régimen sunita que eventualmente reemplaza a los alauitas en Damasco respetará los derechos humanos de sus opositores. En realidad, se sabe que no habrá tal respeto. No obstante, al menos por el momento, lo que le importa a Estados Unidos es que se produzca un cambio de régimen en Siria que neutralice las ambiciones iraníes. Y para eso invoca los derechos humanos.

El paradójico contraste es fascinante. En México, se alienta una represión que engendra violencia asesina. En Siria, se condena al régimen que, con violencia asesina, reprime a los rebeldes. En el caso sirio, Washington denuncia la violación de derechos humanos. En el caso mexicano, Washington se rasga las vestiduras frente a las iniquidades de los cárteles, alentando su represión a pesar de que éstos no existirían sin el juego resultante de la fiebre consumidora del público norteamericano y la pulsión proscriptora de la droga del gobierno estadounidense. En México, la presencia de gran violencia se considera un mal menor, siendo el mal mayor los narcóticos que el mercado norteamericano devora. En cambio, en Siria (al igual que en Libia), la presencia de gran violencia es un mal absoluto que puede ameritar el derrocamiento del régimen, cueste lo que cueste y caiga quien caiga.

La paradoja de este doble estándar es tanto más evidente si recurrimos a la memoria de tiempos recientes en los que todavía no había una insurgencia seria en Siria. Cuando a nadie se le ocurría que el gobierno de Al Assad pudiera ser derrocado, existía cierta cooperación entre Washington y Damasco, especialmente en cuestiones más bien turbias.

En ese escenario, poco después de los ataques del 11 de septiembre de 2001, un ingeniero canadiense de origen sirio, Maher Arar, fue capturado por los norteamericanos, sospechoso de pertenecer a Al-Qaeda. Sin procesamiento, fue puesto en confinamiento solitario y sometido a duros interrogatorios, negándosele el acceso a un abogado.

Pero, a pesar de que en los interrogatorios se apeló a métodos lindantes con la tortura, no se obtuvieron resultados. Entonces, para no violar su propia ley, los norteamericanos... ¡lo mandaron a Siria! Allí fue sometido a suplicios durante casi un año, hasta que su inocencia fue confirmada. Entonces, los sirios lo devolvieron a Canadá y pudo reintegrarse a su hogar y a su trabajo.

El gobierno canadiense le pagó a Arar una compensación de diez millones de dólares por su responsabilidad en el entuerto, que era menor, a la vez que la querrela de la víctima contra Estados Unidos continúa, por ahora sin solución.

¿Puede sorprender entonces que, una década más tarde, en circunstancias muy diferentes, Washington aliente políticas mexicanas que engendran una terrible carnicería, a la vez que se llena la boca condenando las iniquidades del mismo Al-Assad que le hizo el trabajo sucio con Maher Arar?

Por otra parte, extremando la paradoja, obsérvese que en Estados Unidos los biempensantes se indignaron porque Washington envió a Arar a Siria para ser torturado... ¡pero casi nadie se indignó con los sirios por torturarlo! El pecado era de Washington, que hizo posible que Damasco lo torturara, y no de Damasco, que lo torturó. Esta es la otra cara del doble estándar: un segmento masivo de la opinión pública occidental le exige todo a Occidente, mientras que, de un modo quizás condescendiente, suele ser mucho menos exigente con déspotas lejanos.

Todos los juicios morales se tergiversan y subvierten. Todos los medios de difusión privados, y todos los mecanismos de comunicación de los gobiernos, distorsionan la información de manera alevosa. Quienes me escuchan son los únicos jueces válidos, porque frente a estas sordideces, sólo ellos siguen teniendo autoridad moral... ¡y quizá sólo porque no tienen poder!